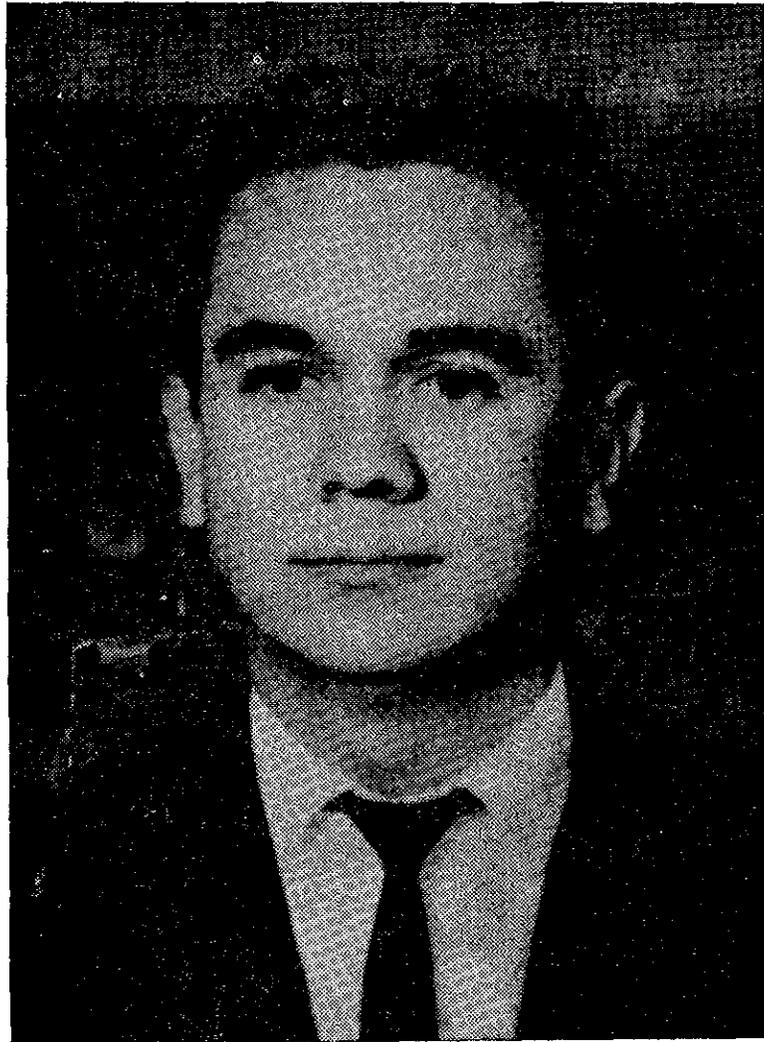


cuentos

CITIZENSHIP



de **Mauricio López Silva**
(1940-1968)

MAURICIO LOPEZ SILVA (1940-1968), joven cuentista salvadoreño, pereció trágicamente el 29 de mayo de 1968 cuando se encontraba en plena producción creadora.

Colaborador asiduo de la Revista CULTURA, órgano del Ministerio de Educación; publicó en periódicos y revistas de Centro América. En 1964 ganó el Primer Premio en Cuento del Certamen Cultural Universitario Centroamericano, promovido por la Asociación de Estudiantes de Derecho.

Dejó inédito un libro de cuentos: "Rota Soledad", del cual escogimos los que publicamos en este número de LA UNIVERSIDAD.

Mauricio López Silva, si bien no se le puede ubicar en un grupo literario determinado, se consideró muy unido a los componentes del Círculo Literario Universitario aparecido en 1956. Con ellos compartió los sinsabores de la creación artística y las duras faenas de combatiente en las filas estudiantiles.

En su breve obra encontramos, además de cuentos, una pieza de teatro inconclusa así como el ensayo: KAFKA: LA DESESPERACION.

EL CONCIERTO

Todas las butacas del teatro "Lido", van siendo ocupadas por el elegante público que asiste a deleitarse con las interpretaciones del virtuoso que se anuncia para esa noche.

Afuera, el viento describe furiosos remolinos, sacudiendo los árboles, y amenazando con desatarse en tormenta.

De la concurrencia, que entre saludos y sonrisas, se mueve por todos los rumbos, sobresale la figura de un hombre, que por su marcado nerviosismo y su pobre indumentaria, contrasta notablemente con el resto del público asistente.

"Creo que mi ropa resalta demasiado —piensa el hombre— ¡Debí ser más cuidadoso en ese detalle! Pues llamar la atención en estas circunstancias, puede resultarme fatal. Buscaré un sitio en que logre pasar inadvertido y pueda trazar cuidadosamente mis planes —dice para sí, mientras se dirige a la parte posterior del teatro— ¡Tengo que aprovechar el poco tiempo de que dispongo! De lo contrario "

Observando las últimas filas, con el objeto de encontrar un asiento desocupado, el hombre va y viene de un lado a otro, hasta que descubre uno, sobre el cual la persona de la silla vecina ha colocado sus pertenencias.

Abriéndose paso entre las piernas de las personas de la línea correspondiente y profiriendo las disculpas necesarias, llega por fin al lugar descubierto

—Sería tan amable de quitar —dice caballerosamente a la dueña de los objetos depositados sobre la butaca—

Sin permitir que el hombre termine de expresar la súplica, la anciana toma sus cosas del asiento, no sin antes dirigirle una extraña mirada

Las primeras gotas de lluvia han comenzado a caer estrepitosamente sobre el techo del teatro

“Que rara manera de mirar —medita el hombre— Sin embargo, no podría encontrar mejor colocación. Difícilmente será descubierto, y podré verlos cuando lleguen. Es más, creo que esta anciana servirá de camuflaje; creerán que ha venido acompañándome. ¡Pero aún no comprendo por qué me vería en esa forma!”

—¿De manera que no cumpliste el mandato eh? —interrogó coléricamente el individuo de las gafas oscuras— Conoces bien el reglamento y sabes lo que espera a los que no acatan las órdenes

—No fue culpa mía —replicó el hombre— Yo traté pero había mucha gente y no pude pero la próxima vez

—¿Qué próxima vez? —interrumpió el de las gafas— Sabes que entre nosotros no hay próxima vez. ¡No puede haberla! Los mandatos se cumplen o se aplican las reglas

—Sí, pero dejen que les explique. Ustedes no estaban ahí, no comprenden

El resto de los hombres permaneció inmóvil en el extremo de la habitación, mirando con desprecio y repugnancia al interrogado

La sala se encuentra completamente abarrotada, no ha quedado ningún lugar vacío

Aislados murmullos hacen que el público comience a inquietarse y a preguntar por la presencia del artista. Los aplausos se generalizan gradualmente y aumentan de volumen. La agitación se vuelve total; y la estridencia de los aplausos y de los gritos, va originando una avalancha que amenaza desbordar la enorme sala, si el concertista no hace presencia de inmediato

Revolviéndose inquietamente en su butaca, el hombre hilvana sus pensamientos:

“Aún no han llegado —piensa—, al menos no los he visto todavía. Mas, no debo preocuparme en este lugar, paso inadvertido. Además, no creo que se atrevan en un sitio tan público. ¡No pueden exponerse! Pero no hay que perder tiempo! Cada minuto es valioso. ¡Tengo que pensar rápido! O quedaré nuevamente a merced de ellos”

Las primeras gotas de lluvia, se han convertido en torrentes, que impulsados por el viento huracanado, tratan con persistencia de introducirse a la sala. El estallido de los rayos y los truenos llena completamente la sala sobresaltando repetidas veces a los asistentes. La furia se ha vuelto incontenible.

Como repentino dique emergiendo de la nada para detener la avalancha, surge de improviso la figura del concertista. Una expectación general y un silencio sepulcral invaden el salón. Con pasos ligeros llega al centro del escenario y luego de recorrer con la vista al público, como si buscara una persona determinada, inclina la cabeza tres veces consecutivas. Los espectadores rompen el silencio con una ovación simultánea.

Dirige una mirada de triunfo al piano, se encamina hasta el banquillo que se encuentra frente a él, lanza hacia atrás la cola del frac, y subiéndose cuidadosamente las mangas del saco, deposita su humanidad en el asiento.

Luego de colocar sus largos dedos sobre las teclas del piano y de mirar por última vez al público, se apresta a iniciar el concierto.

—No hacen falta explicaciones, te daremos el tiempo reglamentario para que arregles tus asuntos; y después ya sabes.

Los otros hombres movieron la cabeza en señal de afirmación.

—¡Denme otra oportunidad! —suplicaba el hombre—. Les aseguro que no se arrepentirán. Yo sabré cumplir.

—¡Imposible! Tu oportunidad ya pasó.

Con asombrosa agilidad, los dedos del pianista recorren la marfilada vértebra, dejando escapar sentidos trozos musicales. Los asistentes siguen los felinos movimientos del ejecutante, completamente ajenos al conflicto que con furia de taladro, roe vertiginosamente el cerebro del hombre.

“Escapan escapar escapan ” parecen repetirle las notas.

—Escúchenme por favor —añade con desesperación el hombre—. Dejen que les diga: ¡Que jure, si es necesario. No volveré a fallar. Si ustedes confían en mí, yo sabré responderles.

—¡Vete! —gritó implacable la voz—. Y recuerda, que al salir de aquí, comenzará a correr el plazo.

“Cierro que el término ha concluido —reflexionó el hombre—. Ya deben haber iniciado la búsqueda. ¡No tardarán en llegar! Pero tengo que mantenerme sereno. Estoy seguro de que nadie me ha seguido, no sospecharán que estoy en un teatro escuchando un concierto.”

Al final de cada melodía, el pianista fija su atención en la concurrencia y prosigue nuevamente con mayor vehemencia. La música ha ido sucediéndose.

desde ríos de apacible cauce, hasta mares de tempestuosas playas: Bach, Schumann, Prokopiéff; llenan todos los espacios, arrancando las exclamaciones del público.

A medida que el concierto se aproxima a su final, aumenta notablemente la agitación del hombre, quien con palidez espectral, ha visto pasar rápidamente sus diversas etapas

“Ojalá que el concierto se prolongue —piensa— Mientras dure, estoy seguro, después lograré mezclarme con la gente, y no advertirán mi salida ¡Aún no ha entrado ninguno de ellos! Pero sigo sin explicarme por qué me mira en esa forma esta vieja Posiblemente sea mi nerviosismo”

El pianista se pone en pie, indicando con una leve genuflexión, que el concierto ha concluido, y desaparece rápidamente del proscenio. La concurrencia prorrumpe en atronadores aplausos, manifestando con ellos la aprobación de las ejecuciones y el deseo de que les brinde una nueva melodía

“Aplaudan, aplaudan, malditos” Susurra el hombre, mirando a su alrededor

Cuando el pianista volvió al escenario y cesaron las ovaciones en espera de la próxima ejecución, una anciana salía apresuradamente de la sala, mientras un hombre agonizaba sobre un charco de sangre

Afuera, la tormenta había amainado por completo, dejando únicamente el fuerte olor del asfalto humedecido

EL EXTRAÑO

Cuando llegó, no obstante la forma en que lo hizo, no sentimos mayor preocupación. Sin embargo, con el correr del tiempo y la observación de su conducta, fue naciendo en nosotros una cierta inquietud

Inmediatamente ocupó la mejor habitación y fue vano todo esfuerzo por desalojarlo. En las mañanas, por temprano que se levantara uno de nosotros, siempre lo encontrábamos en pie. En el transcurso del día sólo se limitaba a mirarnos, jamás hablaba ni sonreía. Permanecía todo el tiempo en su habitación sentado en su butaca. Por las noches era el último en retirarse y resultaba inútil cualquier esfuerzo por sorprenderlo dormido. Pasaba en vela todo el tiempo. Cuando todos nos habíamos acostado y las luces se apagaban, su cuarto permanecía iluminado. Durante mucho tiempo llegaba hasta nosotros el ruido de sus pasos, recoría de un extremo a otro su habitación.

Después de algún tiempo logramos habituarnos a él. Ya no nos sorprendía su comportamiento y su presencia se hacía casi necesaria. Nos sentábamos a su lado y le sonreíamos. Algunas veces llegamos incluso a hablarle. ¡Pero jamás respondió!

Los días transcurrieron dócilmente, sin preocupaciones. Toda alteración desapareció por completo.

Sin embargo, ahora vemos con dolor que se hace necesario abandonar nuestra casa. La vida se nos haría imposible.

¡Ha llegado un extraño y no creemos que se marche!

EL LIDER

La noticia se propagó con fantástica rapidez: ¡El líder vendría al país dentro de pocos días!

En los círculos no se comentaba otra cosa. ¡Pronto estará aquí!

¿Cuándo llegará?

A medida que los días pasaban y su llegada se iba acercando crecía la ansiedad de todos. Los jóvenes se reunían en los clubes y en los cafés a planificar las actividades para cuando él llegara.

¿Qué dirá de poesía? ¿Qué opinará de música? ¿Qué pensará de política? ¿Qué impresión le causaremos? ¿Nos considerará maduros lo suficiente? ¿O creerá que aún no estamos preparados?

Las interrogantes atormentaban las mentes de los jóvenes. Era de vital importancia conocer las opiniones que él manifestara. ¡Era el líder y por lo tanto el portador de la verdad!

Por fin, el acontecimiento había llegado. El arribo del líder se anunció para ese día. Los círculos prepararon un brillante acto en el cual estarían presentes todos los jóvenes para conocer las verdades.

El local estaba completamente abarrotado, no quedaba ninguna silla vacía. Los asientos se colocaron de tal manera que formando un semicírculo permitieran que el líder quedara frente a ellos y no perder ni el más leve gesto. Todos estaban presentes. No faltaba ninguno.

Dio comienzo el acto con las acostumbradas manifestaciones de bienvenida y de admiración para el líder. Hablaron numerosos jóvenes. Hablaron todos. Únicamente faltaba escuchar su voz. Cuando llegó su turno, la sala quedó en completo silencio. ¡Ni un solo movimiento! ¡Ni un solo ruido! La ansiedad se reflejaba visiblemente en los rostros de los asistentes.

El líder se puso de pie. Los músculos en tensión. Miró detenidamente a todos los concurrentes. Espera y silencio. Los nervios erizados y los oídos atentos. Hizo un extraño gesto. Todos callaron. La respiración entrecortada. Silencio. El líder dio la media vuelta y se marchó.

PERSECUCION

Cuando el horrible monstruo que lo perseguía estaba a punto de darle alcance, Luis despertó sobresaltado y encendió la luz para recuperar la calma

—¡Cómo! —dijo con horror al descubrir en el interior de su dormitorio a la bestia de la que escapara segundos antes en el sueño— ¿Tú aquí?

—Sí —respondió con voz pausada— lograste escapar del sueño en el cual te perseguía, pero he logrado encontrarte y ahora me perteneces.

Entonces volvió a despertar

LA SOSPECHA

Inmediatamente de dar muerte a Juan Reyes, por temer que conociera los detalles del crimen, decidió dar muerte a Pedro Flores por sospechar que éste conocía la muerte de Juan Reyes; mas al matar a Pedro Flores, acordó dar muerte a Julián Sánchez, pues creyó que conocía el crimen de Pedro Flores; pero cuando asesinó a Julián Sánchez, temió que Miguel López se hubiera enterado de este crimen, por lo cual también decidió matarlo; pero al darle muerte, sospechó que

Y para evitar que fuera descubierto su secreto, resolvió suicidarse

SOLEDAD Y FUGA EN RE MAYOR

Cuando el agradable olor a sexo se volvió insoportable, Miguel sintió náusea y deseo de escapar. Sin embargo, el temor de que aquel cuerpo fuera el de Alicia lo contuvo, y lo hizo meditar. Ladeó el rostro hacia la pared comida por el musgo y hundió la cabeza entre la almohada. ¡Alicia! ¡Alicia! ¿Hasta cuándo debo de esperar? Alicia, tus ojos de escondidas bahías y tu boca, corazón ofrecido por sacerdotes paganos.

Sintió frío. Su cuerpo se sobrecogió resistiéndose a la desnudez. Y volvió el enervante olor a sexo. Quiso huir. Pero Alicia — estar junto a ella era adentrarse en un mar de yodo.

Corrían por los prados. Alicia sumergía los pies desnudos en el arroyo y se subía la falda hasta las pantorrillas. Sus tobillos de gacela y sus piernas escul-

pidas por la magia. Su pelo de nocturnidad bordado por débiles estrellas, y su cuello de obsidiana ¿Hasta cuándo Alicia? ¿Hasta cuándo he de esperar?

Caían y volvían a levantarse tomados de la mano. Ella ausente, lejana; y el ahí, amándola. El valle se extendía más allá de la mirada. Corrían y corrían. Cuando el sol comenzaba a esconderse, debían regresar. Ella alga mecida por las olas, y él triste por el regreso. Sin embargo, quedaba el día siguiente; y después de ese, el siguiente. Los paseos volvían nuevamente prolongándose cada vez más. Alicia le estujaba la mano, y él se imaginaba correspondido.

El frío se volvió penetrante y Miguel tuvo deseos de vestirse y escapar, pero el otro cuerpo se pegó al suyo, impidiéndole todo movimiento. Las piernas rodearon su cintura y los sexos se apretaron.

Apartó la vista de la pared antigua, y recordó la habitación tenuemente iluminada. La respiración jadeante golpeó su rostro. Sintió un deseo irresistible de escapar y de gritar, pero se contuvo. Se revolvió agitado, mientras su piel desnuda rozaba con otra piel desnuda. Y luego como si se escapase la vida en el aliento.

Caían y se levantaban. Pero un día cesaron los paseos. Alicia debía regresar a la ciudad. Las vacaciones habían terminado. Miguel deseó morir. Sin embargo en el momento de la partida se lo diría todo. La llamaría aparte y le confesaría su amor. Ella tendría que corresponderle. No podría rechazarlo. Aunque ella tuviera quince años y él apenas nueve.

El cuerpo de la mujer se escurrió con agilidad y Miguel se puso en pie. Secó su rostro con el pañuelo y se vistió con lentitud. Una ligera sensación de ausencia y soledad se le agolpó en la mente, mientras veía la pared. Metió la mano en el bolsillo y tocó los billetes ajados; luego con movimiento mecánico entregó el dinero.

Quando la mujer abrió la puerta, salió apresurado.

Afuera, el viento golpeaba en el rostro.

ROTA SOLEDAD

El colocó cuidadosamente el libro sobre la pila de tomos que descansaba arriba de la librería, y después de moverlo de un lado a otro, consiguió alinearlos con respecto a los demás. Se dirigió hacia la cama, alisó la sábana, se sentó sobre ella y observó con detenimiento el resto del mobiliario. Vio uno a uno los sacos que pendían de una delgada barra metálica, y antiguos recuerdos llegaron a su memoria: el saco gris de cuadros negros, le recordó la fiesta en

la cual conoció a Theresa; el saco negro con bolsas de parche, lo hizo ver de nuevo el examen de Derecho Penal realizado tres años atrás; el saco beige que desde hacía mucho tiempo dejó de ponerse, le revivió su primera cita con la chica que llegó de Costa Rica; el saco café de jerga que se encontraba junto a la pared, le trajo recuerdos de los cuales prefirió no acordarse

Se puso en pie vio el reloj de mesa y comprobó que el tiempo transcurría con lentitud, como si quisiera detenerse en cada segundo

¡Aun eran las tres y treinta! Faltaba media hora para que llegara. Se acercó al reloj, y poniendo el oído junto a la máquina comprobó que caminaba.

De la pila que minutos antes compusiera con delicadeza, extrajo el primer tomo de la Divina Comedia. Con pasos ligeros se dirigió de nuevo a la cama. Se acostó lentamente para evitar descomponerla, y dispuso matar el tiempo relejendo el pasaje en que el Dante encuentra a su maestro Brunetto Latini en el infierno

Después de leer el capítulo, dirigió una mirada ansiosa al reloj y notó que aun faltaban veinte minutos. Cerró el libro y lo depositó sobre su almohada. Se sentó en la orilla de la cama y con ligero movimiento, alisó los pliegues que se habían formado sobre la sábana. No quería que Theresa descubriera una pizca de desorden

Colocó sus codos en las rodillas, sobre las manos la cabeza y se sumergió en pensamientos: no debía perder ningún segundo. ¡Sería esta vez o nunca!

Miró de nuevo el reloj. Eran las tres y cincuenta minutos. Dentro de diez minutos llegará. Traerá el vestido azul celeste que a él tanto le gusta. Se detendrá en la puerta y dirigirá una mirada escrutadora hacia el interior, como si no quisiera entrar. El la invitará a pasar, y después de disculparse por el desorden de la habitación (aunque la haya ordenado completamente), le dirá que por primera vez llega puntual a una cita. Ella preguntará si ya se repuso de la enfermedad que mencionara en su carta, él explicará que no fue más que un pretexto para que lo visitara.

Ella hará un mohín de desaprobación, pero tomará asiento en la cama. El sonreirá y se sentará en la única silla que existe en la habitación

Después de mirarla detenidamente y de disfrazar un profundo suspiro, romperá el silencio refiriendo que recién termina de leer el primer tomo de la Divina Comedia (aunque en verdad, hasta la cuenta ha perdido del número de veces que leyó la obra completa). Ella referirá que en el camino encontró a Ramón Contreras y la invitó a ir al cine el próximo domingo, pero que le respondió lo pensaría detenidamente, porque desconfiaba de su conducta; pese a que lo encontraba muy mono con su uniforme del Politécnico. El dirá que no se junte con ese tipo y que mejor acepte su invitación para asistir al Cine Club Universitario, donde pasan las primeras películas del neorrealismo italiano; ella argumentará que no le gustan esa clase de reuniones porque las películas que pasan son muy aburridas

Ella llevará la mano derecha a la boca y después de echar aliento sobre

los dedos, frotará sus uñas en los pliegues de la falda. Cruzará la pierna un poco alta y dejará descubierta una parte de la rodilla. Acanelada, sensual, lustrosa. A él le sobrecogerá un estremecimiento y sin poder evitarlo, se levantará de su asiento y se pasará a la cama. A su lado. Ella lo verá con sorpresa, después sonreirá y no pondrá ningún reparo. El sentirá satisfacción y se encontrará muy a gusto aspirando el perfume que ella usa. El contará que la noche anterior se reunieron varios compañeros a comentar el último concierto que la Sociedad de Amigos de la Música ofreció en el cine Darío y que el limonero de su patio se encuentra cubierto de flores. Ella relatará que Mariquita se ha confeccionado un vestido que dejará mudos a los que asistan a la fiesta del Círculo Femenino. El referirá que el último libro de Sartre es más difícil que los anteriores y que ya se agotaron los ejemplares existentes en la librería. Ella dirá que en la última revista Variedades aparece una foto en colores de los Beatles. El ruedo de la falda subirá un poco más, y el temblor del cuerpo se volverá incontenible. El ya no hablará porque la voz le saldrá entrecortada. Ella lo mirará un poco asustada y bajará la falda rápidamente. El no soportará la tensión y en un momento de arrebató, tomará la mano de ella entre las suyas. Ella dirá que tenga cuidado con el barniz de las uñas, porque recién las ha pintado. El no escuchará la advertencia y llevará la mano hasta su boca para cubrirla de besos, de aliento cálido y pegajoso. Ella mientras tanto, tratará de enderezar la costura de sus medias con la mano que le queda libre. El rodeará su cintura con el brazo y tratará de besarle en la boca. Ella protestará diciendo que no le arrugue el vestido y que no trate de besarle la boca, porque el lápiz labial que se ha puesto no es indeleble.

La respiración de él se volverá jadeante y tratará de decir palabras dulces al oído, pero no conseguirá expresar nada porque el temblor de la voz se lo impedirá. La presión arterial golpeará con furia su cerebro y los oídos le zumbarán con agudeza.

Ella tomará su cartera y comenzará a buscar en su interior quien sabe qué cosas. El se hallará completamente despeinado y cubierto de sudor, aunque la tarde será un poco fría. Ella hará un esfuerzo por librarse de él, pero no lo conseguirá. Los brazos serán fuertes tenazas de las cuales no podrá escapar.

Haciendo gran esfuerzo para hablar, él logrará pedirle que sea suya. Ella se pondrá en pie sobresaltada, y dirá que la virginidad es el mayor tesoro que guarda la mujer.

Ella encontrará por fin lo que buscaba en la cartera. Arreglará su cabello y untará de polvos sus mejillas. El quedará tirado sobre la cama tratando de limpiar la saliva que sale de su boca. Ella se dirigirá con pasos lentos hasta la puerta, y ya ahí volverá la cabeza y le dirá dulcemente, que después de todo, pase a recogerla el domingo para ir al Cine Club Universitario.

El se puso en pie, vio su reloj, y al comprobar que eran las cuatro de la tarde pasados treinta minutos, tomó su jaquette de la silla, limpió la saliva de su boca y salió presuroso de su cuarto, alegrándose que después de todo, no hubiera llegado Theresa a la cita.

Al llegar a la calle, la soledad lo envolvió de nuevo.

REQUIEM POR LA SOLEDAD

Tú caminarás Tus pasos sonarán vacíos, huecos, ajenos. La soledad de buhos y de árboles cubiertos de neblina, traerá de nuevo el dolor y la tristeza Llevarás la mano a tu bolsillo y el objeto metálico te recordará tu propósito. El vuelo apresurado de un pájaro que busca refugio por la tormenta que se avecina, hará viajar tu pensamiento.

“¡Cuidado, cuidado! ¡Al suelo!” El aviso llegará demasiado tarde. El ruido del avión, las bombas cayendo sobre el grupo de hombres, fragmentarán el cielo

Después vendrá la noche La noche y el silencio

“¿Cómo te encuentras?” “Creo que ” “Es un milagro que aún estés con vida, varios fragmentos de granada atravesaron tu cuerpo y fue necesario cuidarte mucho” “Sin embargo, la pierna me duele” “Será cuestión de tiempo, lo más difícil ha pasado”

Tú estarás en esa cama, cubierto por sábanas blancas El viento untado de heliotropos, traerá olor a madre selvas y a tierra recién humedecida.

“¿Eres mejicano?” “Sí, de Querétaro, ¿cómo lo sabes?” “La mancha de hablar nunca se pierde” “¿Tú también eres mejicano?” “Sí, de Puebla” “¿Y los otros?” “Ya casi todos han partido Tú podrás hacerlo pronto” “No sé no tengo a donde ir” “¿Tienes familia en tu patria?” “No, no tengo a nadie” “¿Y novia?” “Antes de venir tenía, pero el tiempo ha transcurrido”. “¿Cómo se llamaba?” “Fátima” “¿Qué extraño yo también conocí a una muchacha llamada Fátima”

El agri dulce sabor a muerte llenará tu boca Y la soledad te comerá por dentro Como implacable cáncer

“¿Tienes empleo,” “Trabajaba en un periódico, pero ahora ” “Yo también era periodista” “ ” “Bien, es hora de despedirme, salgo hoy mismo hacia Méjico y aun debo hacer algunas cosas Si decides regresar búscame. Creo que podré ayudarte en algo”

De nuevo la soledad y la tristeza

—Dispense señor ¿Por dónde se va a la capilla?

—¿A la capilla ? Sí creo que por ahí

La voz del chico te hará volver a la realidad El cielo habrá oscurecido y caerán las primeras gotas de lluvia sobre tu rostro

—¡Miguel, Miguel!

Las palabras se deslizaron en las paredes hasta caer extenuadas en el pavimento

—¡Miguel!

—¡Fátima! ¿Será posible?

—Si Miguel, Fátima.

Nariz fina, ojos oscuros y vivaces

—¿Cuándo regresaste?

—Hace poco tiempo.

El la tomó de la mano, mientras ella le sonreía

—Estuviste en España, ¿verdad?

—Sí, estuve pero todo ha terminado

Ella interrumpió la explicación poniendo el índice en los labios de Miguel.

—No digas nada, me he enterado por los periódicos y por los relatos de los que han vuelto

—Fue horrible

Los ojos de Fátima reposaron con indulgencia en los de Miguel

Sin darte cuenta, te dirigirás a la capilla de la Virgen del Carmen, pisando el sendero que tantas veces recorriste. Caminarás bastante y te sentirás fatigado. Encontrarás a una anciana en una silla de ruedas. La verás y en ella te veras tú, cuando en otra silla de ruedas, te conducía una enfermera por los jardines del hospital de Saint-Cyprien, al otro lado de la frontera, en aquellos días amargos, cuando convalecías de los estragos de la guerra

Recordarás cuando recordabas, las huelgas en la universidad. En protesta por el alzamiento de Franco y por la invasión de los alemanes a España. A tu España. Recordarás cuando recordabas, tu alistamiento en las Brigadas Internacionales y la travesía del Atlántico en el barco "La Libre France". Recordarás cuando recordabas, los Pirineos cubiertos de nieve y tu llegada a Albacete

Después la guerra. Cruel. Horrorosa. Segando la vida de miles de jóvenes. Destruyendo los ideales más puros

Recordarás que no querías recordar, al niño que por cortar una flor, murió con el cuerpo destrozado en un campo de minas; a la mujer enloquecida de dolor que cargó durante muchos días con el cadáver de su hijo; a la muchacha que por no abandonar a su amado combatiente, tuvo que entregarse cada día a los soldados enemigos; recordarás que no querías recordar, las batallas de Teruel y de Lopera; las derrotas de Jaramá y del Ebro; la caída de Madrid. En donde como dijera León Felipe, caminabas con sesos pegados a la suela de tus zapatos

Recordarás a la enfermera que todas las mañanas llevaba una rosa hasta tu lecho, y mientras te curaba refería que los republicanos ganaban la batalla

(tú sabías que era mentira y que todo estaba perdido) Recordarás que no deseabas saber nada de nadie. Que por las noches te arrancabas los vendajes, porque creías que en esta vida ya no quedaba nada por qué seguir viviendo.

Más tarde, las oraciones y la resignación.

Resolviste que Fátima era tu última esperanza. Que volverías a buscarla para seguir viviendo. Para aspirar el aroma de su pelo hasta que lo agotaran tus pulmones; para recorrer su cuerpo con tus manos, hasta que todos sus rincones te fueran conocidos.

Y luego regresaste.

La mirada de la anciana te hará darte cuenta que tu cuerpo se encuentra humedecido de lluvia y que debes buscar en donde refugiarte. Correrás y entrarás tiritando a la capilla.

—¿Te vas?

—Sí, he terminado mi trabajo y tengo una cita, con

—¿Con Fátima?

—Sí, con ella.

Los primeros días erró de un lado a otro en busca de trabajo. Los dueños de periódicos no deseaban saber nada de los que habían combatido en la Guerra Española. Sin embargo, en ese periódico se compadecieron de él y le dieron la plaza de corrector de pruebas, mientras lograba colocarse en su profesión: el periodismo.

—¿Has esperado mucho?

Con pasos presurosos se había dirigido al cafetín donde Fátima esperaba desde hacía algún tiempo.

—Solamente dos tazas de café y un cigarrillo.

—Lo siento, pero las noticias de la guerra han duplicado el trabajo y no pude salir temprano.

—No importa, me he entretenido viendo los transeúntes.

Fátima se puso en pie, lo tomó del brazo y salieron del cafetín para caminar por esa calle que lleva a la salida de la ciudad.

—¿Te has decidido?

La pregunta mil veces repetida rompió el silencio de Fátima.

—Sí, al menos por el momento.

De nuevo el silencio.

—¿Lo has pensado bien?

—He revisado las alternativas.

Desde la primera vez que se encontraron, habían continuado viéndose
Al principio Fátima se mostró esquiva, después fue suya.

—¿No te importa lo que diga la gente?

—Creo que sí pero me importa más tu amor. Además, mi hijo, nuestro hijo, debe nacer entre nosotros

—¿Entonces, vendrías a vivir conmigo?

El brazo tibio de Fátima rodeó la cintura de Miguel.

—Sí, iré a vivir contigo.

—¿Cuándo?

—A mi regreso de Querétaro

—¿Irás?

El pensamiento girando en busca de respuesta

—Sabes que no hago nada sin consultárselo a mi madre.

Observarás el interior de la capilla y lo encontrarás igual que antes. (Cuando de niño venías con tu madre a pedirle a la virgen que tu padre abandonara la bebida). Las bancas llenas de polvo y unas cuantas beatas rezando sus oraciones Caminarás frente a las imágenes de los santos La imagen de la Virgen del Carmen te hará pensar en Fátima y en su traición. O mejor en Fátima y en tu abandono.

“¿Por qué no me esperaste?” “Lo hice, pero al transcurrir el tiempo y no recibir noticias tuyas, pensé que que habías muerto” “Pero yo te quería, te amaba y ahora te necesito, te necesito más que nunca” “Yo te esperé al principio fue duro, después me resigné No quedaba otro remedio Pregunté por tí y nadie me dijo nada Volvieron todos todos menos tú. Y ahora te presentas así, sin avisar tu regreso” “Pero podemos comenzar de nuevo, podemos tratar, déjame demostrártelo” “Lo siento es demasiado tarde debes comprender, todos volvieron menos tú ahora es demasiado tarde ”

Tus ojos se llenarán de lágrimas Tu garganta se apretará como un inmenso nudo.

De nuevo vendrá la noche

Vagarás durante muchos días buscando un sostén para seguir viviendo. Pero todo será inútil.

Más tarde vendrá la decisión

Llevarás la mano a tu bolsillo y encontrarás el objeto metálico Saldrás apresurado de la capilla y te darás cuenta que la lluvia ha amainado. Te internarás en la arboleda, y el viento frío te recordará los jardines del hospital de Saint-Cyprien.

Después de caminar varios metros, descansarás en un claro del bosque. Sacarás el objeto de tu bolsillo y lo dirigirás lentamente a tu pecho. Al lado en que late tu corazón.

Cuando la lluvia cese por completo, y el silencio se imponga al silencio, se oirá el ruido de un disparo. Una bandada de palomas volará sobre tu cuerpo, que ya comenzará a perderse entre la niebla.

El ferrocarril de Querétaro llegó más tarde que de costumbre.

—¿Viste a tu madre?

La voz de Miguel sonó un poco ronca.

—Sí, la vi.

—¿Y ?

—Creo que está de acuerdo.

Silencio.

—Te noto extraña. ¿Ha sucedido algo?

—No, nada. ¿Conoces a Pablo Rodríguez?

La garganta atosigada por el humo de los ferrocarriles impidió a Miguel responder con rapidez.

—¿De Querétaro?

—Sí, de Querétaro.

El cerebro de Miguel trató de ordenar los recuerdos:

—Sí, lo conozco. Estuvo en la guerra de España. Al final fue herido por las bombas de un avión y tuvo que ser hospitalizado en un pueblo francés, al otro lado de la frontera española. Cuando volvió a México se tornó huidizo. Estuvo un tiempo en la capital y después regresó a su casa, a Querétaro. Parece que una desilusión muy grande lo consumía. ¿Por qué me has preguntado por él?

Las lágrimas asomaron a los ojos de Fátima.

—Hace algunos años estuvimos comprometidos; más tarde se fue a España sin decir nada. Yo le esperé durante mucho tiempo, pero al no tener noticias tuyas lo di por muerto. Después volvió y quiso que continuáramos viéndonos, pero la voz se interrumpió por la emoción. . . habías llegado tú . . . y nos amábamos . . . iba a tener un hijo tuyo.

Fátima se reclinó en el hombro de Miguel en busca de fuerzas para decir las últimas palabras, pero la voz entrecortada por el llanto y por la sirena de un ferrocarril que partía, le impidieron pronunciarlas.

Los pasajeros empujándose unos con otros, obligaron a Fátima y a Miguel a caminar hasta la salida de la estación.

EL ANGEL DE LA CANCION

En aquella navidad, Charlot decidió no estar solo.

Se inclinó un instante para rehacer la raya del pantalón, puso con todo cuidado el sombrero hongo sobre su cabeza, tomó el bastón y salió de la buhardilla con su suave balanceo sobre sus grandes zapatos inclinados hacia fuera

Ante su mirada de niño las calles se alargaban como luciérnagas constantes y fluviales, como en un mar en fluorescencia, delgado, que estallaba en focos de colores, en araucarias solemnes, burbujeantes, empinadas hacia un cielo desnudo

Charlot entornó los ojos y caminó por la ciudad.

Bogó en arroyos de champagne, en risas sueltas, en estridencias y chiiridos que escuchaba a lo lejos, más allá de los muros blancos y de los perros de dientes afilados, desde sus manos abiertas y su traje con olor a gas.

A pesar de todo, sentía deseos de cantar, de darse al mundo, de besar a un niño rubio que en algún lugar lloraba frente a un automóvil porque deseaba un juguete. De ponerse sus patines mágicos y danzar con una adolescente enamorada a través de candilejas, que amara por snob el arte y no vertiera lágrimas para no dañarse el maquillaje

Se empinó para espiar entre las rejas Mas como los perros ladraron demasiado fuerte tuvo que huir.

Charlot pegó su cara junto al vidrio del gran restorán Se relamió Colocó alrededor del cuello el pañuelo roto como servilleta, hizo de un lado los cubiertos y empezó a devorar Una a una fueron pasando por su boca todas las piezas, hasta dejar los huesos completamente limpios sobre el plato Cuando hubo terminado, se frotó muy satisfecho el estómago y se sirvió café y cognac En ese momento lo estremeció el grito del camarero vete pordiosero No te das cuenta que nos estás corriendo la clientela Charlot sonrió y dijo para sí: Hasta de la libertad de soñar nos quieren privar Vio un pequeño charco sobre la acera y se consoló: Caramba derramé el cognac

Charlot levantó un poco el sombrero en señal de saludar al camarero Describió con su bastón figuras extrañas en el aire y disimuló una lágrima Precisamente la que jamás vertió

No comprendo a la gente mayor, murmuró Charlot, no parecen tener un espíritu de Navidad, será mejor que me acerque a los niños

En pleno balanceo sobre sus pies que describían un ángulo perfecto de ciento ochenta grados, Charlot se dirigió al grupo de chiquillos que explotaban petardos sobre la calzada Caminó lentamente para no llamar la atención, y se acercó poco a poco

Al principio no repararon en él, mas cuando vieron su extraña figura

empezaron a reír y a burlarse. Charlot, recogió un petardo sin explotar y siguió caminando

Ahora la ciudad se había vuelto oscura. Ante su mirada de niño las calles se alargaban como luciérnagas muertas, como un mar de mareas lentas que se rompían perezosas en las rocas, en las duras piedras del camino que estallaba en pequeños gritos y en llantos de voces agudas

Sin embargo Charlot no se intimidó. Apretó los brazos alrededor del cuerpo y siguió caminando rápido, más rápido

Apenas sí le quedaba tiempo de espiar por las ventanas en busca de una sonrisa o una mano

Le venían deseos intensos de quedarse en una grada. De dormir y soñar otros mundos extraños y distantes, en donde no hubiese risa con dientes afilados, en donde las mareas claras crecieran como grandes madreelvas y no hubiese baldosas ni periódicos bajo las espaldas o los pies, ni cajas registradoras, ni narices achatadas por los vidrios

De repente descubrió un grupo de personas sentadas en el resquicio de un portal. Creo que por fin encontró lo que buscaba, meditó. Se acercó al grupo dando pequeños saltos. Se atesó el bigotito. Con una sonrisa que iluminaba su rostro, Charlot saludó con pequeñas inclinaciones. Un niño pálido y delgado volvió su cabeza para mirarlo y le hizo una mueca. Charlot sintió correspondencia espiritual y se acercó un poco más. Eran tres hombres y una mujer, con el niño sentado en su regazo. El que aparentaba ser jefe repartía entre los demás, las sobras de una cena. El niño miró de nuevo a Charlot. Este llevó la mano a su bolsillo y enseguida ofreció el petardo. La mujer murmuró: No aceptes nada de ese vagabundo

Charlot metió la cabeza entre los hombros y se ruborizó. No dejó de sonreír. Y se acercó un poco más. El que parecía jefe, volvió a verle con desconfianza y apartó una botella que se encontraba cerca de Charlot

Entonces los hombres se pusieron de pie. La mujer trató de levantar al niño. Charlot quiso ayudarla pero fue rechazado

El grupo se alejó y se perdió en la callejuela estrecha

Charlot volvió a sentarse en el suelo. Sus pupilas tristes se pegaron a las piedras. Otra navidad solo, meditó con amargura

Entornó los ojos y dirigió su mirada hasta el distante cielo. Miles de piedras de luz encendían sus rayos tenuemente, haciendo señales misteriosas que lo invitaban a elevarse hasta ellas. Charlot sintió que crecían alas en su espalda y que volaba rompiendo el firmamento. Todos los astros lo seguían en su vuelo. Charlot dirigía la marcha, describiendo caprichosamente figuras imitadas por las estrellas. Pez de inventados colores, sumergía su cuerpo en el infinito. Pájaro de luz lanzábase raudo hacia el cosmos, bañando constelaciones de imprecisos fulgores

De algún lugar llegaron las notas de una melodía, cortando las alas de Charlot y depositándolo de nuevo en la tierra. Debe estar muy alegre muy

alegre, reflexionó. Se puso en pie y comenzó a caminar en busca de la música. Luego de dar algunos pasos descubrió la casa de la cual salía. Metió las manos en sus bolsillos y se dirigió a un elevado balcón desde el cual se divisaba el interior del lugar. Las parejas se deslizaban al ritmo de la música inventando cisnes en lagos encantados. Al fondo, Charlot descubrió la mesa del comedor servida con ricos manjares. Sus ojos se iluminaron y llevó la lengua sobre los labios.

La figura de Charlot debía resultar muy graciosa desde el interior de la casa. Únicamente sobresalía del elevado piso, la parte superior de su cara y el sombrero hongo coronando su cabeza. Sin embargo, nadie daba muestras de fijarse en él. Charlot sonreía complacido ante el espectáculo y llegó a imaginar que él también bailaba acompañado de una muchacha de rosadas mejillas que lo miraban con dulzura.

De pronto, el dueño del lugar reparó en Charlot, frunció el ceño y mandó llamar al sirviente. Pregunta a ese miserable qué desea, dijo señalando a Charlot. El sirviente salió apresurado y llegó a donde Charlot. Este no comprendió la pregunta y se limitó a sonreír. Debe ser un ladrón, dijo el dueño de la casa. Dile que se marche o le echaremos a los perros. Cuando el sirviente volvió haciendo gestos agresivos, Charlot huyó apresurado. Regresó al lugar en que estuviera antes y se aburrizó en el suelo. Metió la cabeza entre sus manos y meditó desconsolado.

De entre las sombras un perro solitario se acercó, husmeó los restos de comida que quedaran en el suelo. Después pegó su cuerpo a las piernas de Charlot.

Sólo esto me hacía falta, pensó con indignación al tiempo que le propinaba un fuerte puntapié al intruso.

El perro se alejó aullando de dolor, pero se detuvo y miró con tristeza a Charlot. Poco después volvió a acercarse.

Tienes razón, dijo Charlot, los dos estamos solos en esta Navidad y debemos hacernos compañía. Lo tomó entre sus brazos y le acarició la cabeza.

A la mañana siguiente, los primeros rayos de sol sorprendieron a Charlot dormido dulcemente sobre el cuerpo de un perro y con una sonrisa iluminando su rostro.

EL ASEDIO

En la profunda oscuridad, el silencio se vuelve como pesada losa.

¡Las doce! Creo que vendrá dentro de poco. ¡Ojalá esta vez se decida! No puedo continuar soportando este asedio. Si no actúa ahora, me veré obligado a hacerlo yo mismo. ¡Me convertiré en un suicida! Pero no resistiré una vez más.

¡Ya viene! Oigo girar el pestillo. ¡Pronto estará aquí! Al menos es exacto, viene siempre a la misma hora. Ni un minuto más, ni un minuto menos. El sonido de sus pasos aumenta de intensidad. ¡Debe venir por el pasillo! Ya está aquí. La puerta de mi cuarto ha chirriado. ¡Ha traspasado el umbral! Cree que no percibo sus pasos, trata de evitar el menor ruido. Sin embargo, oigo su respiración, oigo latir su corazón incluso su pensamiento. ¡Se ha detenido! Está frente a mi cama. Me mira. Pese a la profunda oscuridad percibo su mirada y su sonrisa. ¡Canalla! Cómo se atreve a sonreír. Se inclina sobre mi cuerpo. ¿Por qué no actúa? Esta noche debe hacerlo de una vez. ¡Vamos, actúa! No vaciles. Decídete cobarde. No soporto más, mi corazón late más aprisa, siento que el cerebro me estalla.

El calor es insoportable, estoy bañado en sudor. La sábana ha aumentado de peso, me oprime contra la cama. Pesa toneladas. No comprendo por qué no lo hace. La casa está completamente sola, bien lo sabe él. Con seguridad nadie lo ha visto entrar. Sin embargo sigue de pie frente a mi cama, sin decidirse. ¿Qué tramará?

Los minutos se vuelven siglos. No muevo un solo músculo. Tengo en tensión todos mis sentidos. Percibo su más pequeño movimiento. Pareciera que todos los grillos del mundo cantan en mis oídos. Tengo la boca seca. La garganta me duele enormemente. No puedo seguir soportando. El tiempo se prolonga demasiado. ¡Siento que voy a morir!

¿Qué pasa? Se dirige hacia la puerta. ¿Acaso se marcha? No. No puede ser. Ha salido. Va por el pasillo. Sus pasos se alejan. Ha llegado al zaguán. Se ha ido.

¿Qué lo habrá detenido? No comprendo por qué no lo hizo. Ah. Mi corazón. No podré resistir una noche más. El debe saberlo. Un asedio más y moriré.

A mi edad, el corazón late más aprisa. Las arterias se han endurecido. La sangre circula más despacio. Los nervios no resisten como en la juventud. ¡Claro que debe saberlo! Quizás ese sea su plan. No usar ninguna violencia. ¿Cuántas veces ha hecho lo mismo?

Una noche más y moriré.

LA VISITA

—Señores, la visita ha llegado. —Dijo el sirviente con voz imperceptible.

Sin salir de mi asombro, penetré con paso vacilante al interior de la sala y observando detenidamente los rostros de aquellos ancianos, traté de encontrar en ellos la solución de aquel misterio. No obstante, ninguna de las severas expresiones delataba la menor respuesta.

A medida que examinaba uno a uno a los concurrentes, comencé a recordar los inicios de esta irreal aventura.

Por la mañana, al levantarme, inicié mis actividades con la certeza de que este día, sería uno más en la prolongada cadena de tediosos días de verano; y claro, una persona como yo, cuya única preocupación es la de esperar que llegue el fin de mes para recibir la cuenta de la administración de sus propiedades y buscar la forma más fácil de deshacerse del dinero, no puede esperar que en un día como éste, ocurra algo fuera de rutina. Sin embargo, al enterarme de la fecha, pese a que nunca antes había pensado en ella, sentí que un mareo y un ligero calofrío penetraba todo mi cuerpo. Una sensación de malestar y de inquietud fue invadiendo poco a poco y tuve que hacer un gran esfuerzo para no rodar por el suelo.

Cinco de mayo ¡Fecha irreal! Me pareció haberla vivido con anterioridad y conocer los designios que el destino me deparaba en ella. Objetos magníficos y sombríos gravitaban a mi alrededor. Cosas sin límite ni forma, burlábanse de mi asombro. Me pareció que durante muchos días y noches de insomnio —todos los días y noches de mi vida— esperé y deseé con vehemencia la llegada de esta fecha. Supe en ese momento, que en este día, debían ocurrir cosas inauditas para las cuales había sido preparado durante toda mi vida. Supe que en este día, el universo entero me transformaba en su centro y que yo debía estar preparado a soportar esa carga con todo el estoicismo necesario.

sin rasurar ni vestir en la forma debida, salí a la calle dispuesto a hacerle frente a mi destino. Caminé sin rumbo definido durante mucho tiempo. Los edificios y las personas, parecían pasar con gran velocidad a mi lado. No existía nada ni nadie. Solamente estaba yo y mi situación. Prolongados y oscuros túneles se abrían ante mí. Intrincadas arquitecturas señalaban mi camino.

No sé cuántas horas caminé en ese estado. Cuando recuperé mis capacidades perceptibles, un agitado vaivén hacía oscilar todo mi cuerpo. un compacto grupo de personas a mi alrededor, eran la causa de tal oscilación. Parecían haberse confabulado para arrastrarme hacia un determinado lugar, haciéndome avanzar a empellones y entonando un lúgubre canto.

sin oponerme a tan extraña marcha y sin profesar protesta, me dejé conducir durante mucho tiempo, creyendo ser el objeto principal de ella. Pero al darme cuenta que ninguno de aquellos individuos parecía reparar en mí, decidí indagar el motivo de tal reunión. Busqué entre los acompañantes la persona que pudiera informarme. Más a cada pregunta hecha, recibía por respuesta silencio o censuras. Comprendiendo que en esa forma jamás resolvería, nada, opté por adelantarme al cortejo para descubrir por mi mismo su motivo.

Después de lograr abrirme paso mediante gran esfuerzo para llegar a la cabeza de la muchedumbre, observé con gran sorpresa, que precediéndola, iba una especie de una cargada por mujeres cubiertas por oscuros velos.

Para enterarme del contenido que necesariamente debía existir en tal urna, subí a un montículo, desde el cual vería pasar bajo mis pies el extraño cargamento. Luego de esperar algunos instantes la llegada del cortejo, vi con estupor que la carga no era otra cosa, más que un cuerpo humano, cuyo rostro tenía espectral parecido con el mío.

Horrorizado por tal visión y creyendo haberme vuelto loco, salté presurosamente y en fugaz carrera, logré alejarme con rapidez de aquella fantástica muchedumbre. Sin embargo, llegaban aun hasta mis oídos, las notas de su lúgubre canto.

Desesperado vagué nuevamente por pasajes y callejuelas, hasta que fatigado decidí descansar un instante para recobrar el aliento y luego continuar mi indefinida caminata.

Cuando me disponía a tomar asiento en el rellano de una puerta, apareció de su interior el descarnado y macilento rostro de un anciano, que con la mayor naturalidad preguntó si yo era Jorge Blanco, a lo que respondí afirmativamente —ya que ese es mi verdadero nombre.

Abriendo por completo la puerta y haciendo una extraña reverencia, me obligó a entrar en la casa que ahora me encuentro. Sin mediar palabra, me guió por intrincados pasajes en los que creí reconocer —ya materializados— los laberintos por los que vagara pocas horas antes. Después de un largo y mágico recorrido, me condujo a esta habitación en la que vacilantemente he penetrado.

—¿Por qué ha tardado tanto?—Dijo el más anciano del grupo, rompiendo mis pensamientos—. Lo hemos esperado durante mucho tiempo.

—¿Es qué había olvidado su misión?—preguntó otro, sin alterar la expresión de su rostro.

—¡No puede haberla olvidado!—Interrumpió un tercero sin permitir que yo pronunciara respuesta.

—Bien —dijo el que hablara al principio—. Lo importante es que usted ya ha llegado y que la misión encomendada, comenzará a cumplirse en la forma que se acordó. Espero que no haya olvidado ningún detalle, pues de lo contrario, todo se vendría por tierra.

—Este

—¡Claro que no puede haber olvidado ningún detalle! —exclamó otro.

—En ese caso —explicó el anciano— dé principio a su trabajo y aunque sabemos que lleva algún tiempo retrasado, tenemos la seguridad que cumplirá a cabalidad su misión.

El mismo criado que me condujera, se presentó en ese instante y haciendo la misma reverencia, me condujo nuevamente por los intrincados corredores, hasta dejarme en la puerta de la casa.

Ahora continúo mi interrumpida caminata, y aunque nunca se me comunicó nada en ninguna forma, tengo la certeza que me dirijo a cumplir una misión muy delicada y que conozco hasta los mínimos detalles para su perfecto cumplimiento